

cáliz que beberemos ahora que la vida
es un desquiciado subeybaja de ambiciones
con alma de ordenador y alas cenicientas.

Perder el amor cuando llega la paz
en algún rincón de nuestro rompecabezas.
No era la salud de Dios lo que importaba
para que el abrazo creciera espeluznante de espaldas,
la eternidad cambiándose de traje cada día,
no es grata la muerte
cuando aún hay tantas cosas que besar
y el delirio o el deseo transportan el mañana.

El corazón del exilio. España borboteando
ríos de incomprensión y de cañones,
abierto el dolor cuando la ternura es reclamo
y una súplica tiembla en el sentido.
La historia atardece. Muere Federico.
La plegaria desciende a los infiernos
y resucita al tercer año la tristeza
de saber que todo aliento es ya derrota.

Eugenio Cobo

Vallejo habla con sus madres

¿Por qué las madres se duelen de hallar en-
vejecidos a sus hijos, si jamás la edad de ellos
alcanzará a la de ellas? ¿Y por qué, si los hijos,
cuando más se acaban, más se aproximan a los
padres?

César Vallejo, «El buen sentido»

Blandengues y mimados,
carentes de carácter,
para la inmadurez consentida
hemos sido educados.

Terminamos haciendo daño.
Nunca afrontamos nada.

Pero el tiempo acaba
 por ponerse de nuestro lado.
 Lo que fue rubor y pena
 se convierte en anécdota barata.

En consecuencia:
 Déjame llorar como entonces.
 Arrepentirme como antes.
 Que estas palabras sólo afloren
 si logran quemar la grasa.

Todo poema puede ser asco
 pero también una voz muy leve
 arrullándote despacio.
 Diciendo «hasta mañana».
 Haciendo del miedo nada.

Sosténme en el aire
 que me caigo.
 Déjame flotar
 entre tus brazos.
 Bésame despacio,
 Madre.

Juan Gustavo Cobo Borda

Incendiario y ladrón

Este lunes de 1920
 no se parece ya a Rubén
 ni en el rojo
 esplendoroso del vino:
 si un día
 favorable en París
 lo he de beber: poema
 aparta de ti mi cáliz:
 dice el cáliz de la rosa
 pero invade